

## EL *FLANEUR*: UNA MIRADA DESDE *LOS PEOR*

Óscar Gerardo Alvarado Vega

### RESUMEN

El viajante, ese *flaneur* que se desplaza por la ciudad describiendo su entorno, es un verdadero cronista de ese mundo en el cual se mueve, un sujeto que aprehende su mundo y lo hace transmisible a los lectores. En medio de un universo en el cual la marginalidad va tomando un lugar incómodamente primordial, Jerónimo Peor se constituye en ese personaje que describe, a su manera, su lugar en el mundo de lo urbano, ya sea desde su locura o su vasta cordura incomprendida.

**Palabras clave:** *flaneur*, marginalidad, mirada, ceguera, lectura, interpretación.

### ABSTRACT

The stroller, thus a *flâneur* that walks the city while describing his surroundings, is a real writer of that world in which he evolves; an individual that seizes his world and makes it transmittable for the readers. In the middle of a universe in which marginality is gaining an uncomfortable importance, Jerónimo Peor becomes the character that, whether from his insanity or his vast and misunderstood common sense, describes his place in the urban world on his own way.

**Key words:** *flaneur*, marginality, gaze, blindness, lecture, interpretation.

La “mirada” del ciego o del mendigo resultan ser más reveladoras en un determinado entorno de lo que podría pensarse, en tanto se convierten en escrutadoras de lo consuetudinario, y descubren los detalles que los hombres no ven en la medida en que no son objeto de interés de su observación, por lo que aparecen ocultas a pesar de su evidente presencia. Observar es aprehender el entorno y sus manifestaciones más o menos relevantes. No observar es romper el canal que permite la mirada y la interpretación como pasos evidentes de una interrelación entre el sujeto y el objeto o el otro. Esta mirada es, por lo tanto, la función que cumplen aquellos que, con un determinado interés, aportan una lectura vital de su sociedad y de su realidad.

---

Óscar Gerardo Alvarado Vega. Docente y filólogo. Licenciado en Filología Española, Máster en Literatura Latinoamericana, egresado del Doctorado en Estudios de la Sociedad y la Cultura.

Correo electrónico: oalvarado@uned.ac.cr

Recepción: 11- 2- 2008

Aceptación: 7- 3- 2008

La ceguera y la mendicidad se van conformando en un tema del cual la literatura no es ni desea ser ajena. Muchos son los textos a través de los cuales estas se asumen como una manifestación de gran peso temático que adquiere gran relevancia dentro del acontecer de la producción literaria. Si a ello le agregamos el carácter cuestionador o lector que asume el *flaneur* dentro de su sociedad, no queda sino afirmar que su lectura se desdobra en la necesaria producción de otro texto: su texto.

De acuerdo con ello, no existe abordaje dentro de la literatura que responda simplemente a la casualidad, por lo que no se escribe por escribir, sino que se escribe para producir, y hacerlo implica un trabajo que desde la primera palabra adquiere una dimensión de primera piedra en este componente. Es un poco como lo decía Horacio Quiroga, la primera palabra tiene, desde el inicio, una importancia capital dentro de todo el texto. Para el *flaneur*, por lo tanto, toda observación implica un horizonte que ha de vislumbrar desde el paso que implica el inicio de su mirada y la dirección e intencionalidad que le otorga a esta.

Ahora bien, la referencia a un tema de este tipo, tomando en cuenta todo lo que se ha escrito, y que no implica necesariamente un abordaje desde la “óptica” de la ceguera como fenómeno puramente físico, sino más bien, y en muchas ocasiones, desde lo simbólico –no podemos entonces ignorar este eje temático dentro de la gama de la textualidad– no deja de adquirir una importancia relativa y un uso más o menos permanente en la labor intelectual de muchos escritores. En todo caso, hacer o escribir acerca de la ceguera no es nunca casual, pues consciente o inconscientemente, la problemática acerca del acontecer humano, con todas sus virtudes y defectos, está directamente vinculada a un trabajo de este tipo. Ello se enmarca aún más si el enfoque que se ha de privilegiar es el del ciego que nos “retrata” lo que su percepción (su re-lectura social) le permite, lo mismo que al mendigo, los cuales son hacedores de una narración desde la cual se tejen y construyen su relación con los demás. Esta posición de claro alejamiento desde una posición que los aleja de su paradigma habitual, los convierte en *otros*, en testigos de una manifestación que escapa a la mayoría, pero de la cual esta es parte esencial en tanto agente actor de la misma.

Ejemplos como los citados anteriormente, devienen fundamentales en tanto producciones de tal carácter y, de acuerdo con lo que se percibe, existen algunos de ellos –ciegos, mendigos– cuyo enfoque parece aterrizar plenamente en nuestro interés actual. A la par de ello, también la literatura es, entonces, un compromiso que no debe dejar de ser interpretado a la luz de la multisignificación que le permite al texto su múltiple direccionalidad. Es decir, habrá determinada cantidad de lecturas así como potenciales lectores y visiones de mundo existan (*flaneurs* permanentes o temporales).

No debe, por lo tanto, perderse de vista que no es lo mismo, aunque así de alguna manera se direccione este abordaje, enfrentarse a un texto como *Ensayo sobre la ceguera*, de José Saramago, o *Marianela*, de Benito Pérez Galdós, o *Los Peor*, de Fernando Contreras Castro, textos que presentan una determinada gradación en cuanto al enfoque señalado se refiere, como lecturas de una sociedad determinada. Pretendemos, ante tal situación, establecer posibilidades de re-lectura que legitimen la validez de nuestra interpretación e incluso relectura a partir de perspectivas no consideradas hasta este momento en diversas críticas relacionadas con cada uno de estos textos. No obviamos, sin embargo, manifestar que si bien en algunas obras se privilegia en mayor o menor grado un acercamiento de este carácter, también es cierto que, aun ante la diferencia, intentamos un abordaje que permita entretejer una lectura que asimile y responda a nuestra primera intencionalidad. Hacer texto a partir del texto, y

construirse con este, sin dejar de construirlo, es el norte hacia el cual dirigimos nuestras interpretaciones. Ello no obvia la validez, más que clara, que estos hacedores de texto ofrecen en tanto productores, en ocasiones anónimos, de una visión de mundo particular. Nuestro interés consiste, entonces, en leer un texto en el cual el personaje ficticio de la novela nos ofrezca “su mundo”, su perspectiva, para intentar una comparación con la lectura de un sujeto de carne y hueso, marginales ambulantes de nuestras calles.

El texto, por lo tanto, es la excusa para leer y, desde esta lectura, re-leer y (con)formarse. El texto espera ser tejido desde el comienzo, de forma que se hilvane una lectura coherente y acorde con este intento de (re)pensar lo visto y la literatura misma a partir de una sociedad en la cual nos movemos permanentemente. Ficción y referente como puntos de encuentro. La múltiple capacidad de significación es lo que nos permite esta posibilidad de producción desde la sociedad y el texto. En todo caso, no debe perderse de vista que un texto, al permitir dos o más lecturas, también exige coherencia en estas (re)lecturas, con la salvedad de que se escoge la lectura “intencionada” en un momento dado con el fin de una interpretación también enfocada en una escogencia particular. No se puede leer las múltiples direcciones de lectura de una sola vez, pues el texto tiene la capacidad de co-fundir al lector de su universo de significación si se presenta ante esta eventualidad. No se puede asir al texto en su totalidad, pues la obra no es completamente capturada sino solo en su parcialidad.

La literatura, por su parte, tiene como eje el problema de la simbología, función característica del texto como tal, y la ceguera adviene un elemento fundamental o reincidente en esta (Homero como el gran “observador” de su época). Como se ha señalado, escribir el texto es dar margen a la posibilidad de interpretación que este comporta, y por lo tanto, explotar la significación –en nuestro caso la posibilidad simbólica que comporta la ceguera– se torna, dentro de la riqueza de lectura, una opción más que abre el texto. Si el ciego ejecuta su acto de lectura y produce su texto, se manifiesta con ello una interpretación producto de su percepción particular, lo mismo que la producción que realiza el mendigo, cuya lectura ha de tener sus propias connotaciones. Hacerse dentro del texto y con él es abrirse a la dimensionalidad de lecturas que este posee. El corpus de novelas señalado como ejemplo no implica un abordaje a partir de cada una de ellas sino más bien una revisión somera de lo que ha sido un tema de este carácter dentro de la literatura universal. Muchos textos quedan fuera, pues apenas se menciona una muestra de la infinidad de poesías, cuentos, ensayos, novelas que abordan un tópico que no ha sido siempre leído como tal, sino que se intentan otras lecturas que incluso recubren una posibilidad de gran riqueza dentro del quehacer crítico literario. Ya no se trata solo del ciego o de la ceguera como temas, sino más bien de la capacidad que desde esta particular manifestación de lectura existe de producir y de enriquecer el panorama de las interpretaciones. Afortunadamente, el texto no se agota donde acaba una lectura, sino que más bien potencia otras que han quedado fuera. Hacer ello es potenciar la producción textual como apertura, más que necesaria, de la obra en general. Ello nos confirma, por ende, que todo sujeto es potencialmente un lector desde su óptica, pues al erigirse como texto, permeado de sus intertextos, establecidos por su quehacer social, cada lectura que efectúe, desde el lugar que nos interesa, constituye una visión de *flaneur*, de escrutador de una determinada realidad dentro de la que se mueve y se hace en conjunción con los otros y con lo otro.

Ahora bien, leer el texto (y leer a la sociedad) es permitirse la re-visión del tejido, es re-visar el producto que se hace en tanto se re-pasa, pues se posibilita la significación al entrar en contacto con la textualidad y se abre el mundo de las posibilidades en la lectura y

en la posterior puesta en análisis que se genera después de esta, cuando el texto abre o deja las inquietudes para que sean resueltas y discutidas. El texto invita y reta a la discusión y a la apertura de la cual se ha hablado y, dentro de las expectativas que genera la revisión, se halla la de la discusión y su puesta en práctica. El *flaneur* no es entonces solo un productor social, sino que su lectura también está condicionada desde su lugar dentro de la sociedad. El mendigo no lee (interpreta) igual que el ciego, y el estudiante realiza una lectura diferente de la de su compañero en tanto están marcados por intertextos que los diferencian, y por particulares visiones de mundo desde las cuales van desarrollando su labor como *flaneurs* o captores de su rededor.

Por otra parte, una lectura desde la ceguera física no impide que los sujetos se hallen inmersos en una contemplación desde la cual se hacen y se re-hacen, se forman y se (con)forman. Leer desde la “oscuridad” es dar margen a una producción diferente desde la cual nos hacemos también como lectores. Producción, por lo demás, tan legítima como cualquier otra, debido a la importancia que adquiere la interpretación como elemento vital de la lectura misma. El texto no es nunca una “casualidad” sino una respuesta directa o indirecta a una realidad circundante. El ciego que pide, el indigente que pide, no son solo marginales en tanto se los mire como fuera de la ciudad y de la “normalidad” sino que advienen testigos, desde su óptica, del desarrollo social en el cual se mueven (o son movidos). Estos, como especie de *flaneurs*, se constituyen en “contempladores” de aquello que es la realidad de cada día. El San José de hoy, para un ciego que en algún momento no lo fue, puede no ser el mismo, pero bien podría, en su memoria, constituirse en una imagen perenne de lo que dejó de contemplar para estancarse en una “realidad” que deriva en su realidad, y en su “verdad”, incuestionable como espectador, así sea del recuerdo.

El *flaneur* de este tipo, que es un espectador de un universo en el cual se mueve y al que contempla, a veces con curiosidad y en ocasiones con simple mirada no necesariamente escrutadora, es elemento esencial para descifrar un entorno; es testigo, en ocasiones irreverente, de las estructuras sociales cambiantes, pero también de los caracteres que constituyen las fisonomías que muy probablemente va ligando a determinados rangos y rasgos, a “comportamientos” que solo su compartir y departir diarios, le permiten ir asociando y construyendo. El *flaneur* de este tipo es un verdadero identificador de sujetos a los cuales clasifica de acuerdo con su devenir y con su percepción aproximada de lo que estos son. Estos sujetos construyen su texto de cada día y lo sujetan al texto del día anterior o lo desestructuran de estos textos para producir su lectura independiente del día, diferente de las demás pero con su propia lógica. La “contemplación” inevitable de los demás se convierte para este ciego o para el indigente, o para cualquier individuo marginal, pero en el fondo más social que cualquier otro, en motivo para construir (o escribir) la historia de todos los días, quizás incluso con menos prejuicios (o incluso prejuicios) que los **sujetos sociales con la redundancia implícita** que constituyen su realidad inmediata, pero también su otredad.

Lugares como San José, San Pedro, la misma ciudad universitaria, entornos más inmediatos de nuestro propio acontecer, se vierten como indicadores de una sociedad en la cual los universitarios, los docentes, los profesionales de todo tipo, las amas de casa, los desocupados, los constructores, los carpinteros, los albañiles, mecánicos, saloneros, choferes, panaderos, policía, bomberos, etc., forman una masa que borra en ocasiones los perfiles y queda expuesta a la percepción de estos otros ignorados que, paradójicamente, se convierten

en los más perceptivos y perceptores de todos. Son los “fotógrafos” de nuestra sociedad desde su “nihilidad” y casi nulidad.

De acuerdo con lo señalado, un indigente, un ciego, o cualquier otro sujeto de estos que resultan en gran medida “otros” desde su propia sociedad, vienen a ser los grandes lectores de ese entorno en el cual se hacen y deshacen cada día. Ser *flaneur*, ser espectador de lo cotidiano, es converger en conocedores “gráficos” del desarrollo social. Moverse por carreteras y por esquinas, como los lugares más frecuentes de su desplazamiento, los hace mirar, ver, observar, contemplar y fisgar lo que otros no ven y lo que no necesariamente ellos mismos ven cada día, es decir, no siempre ven lo que ven, en tanto no siempre se desempeñan como *flaneurs*, como vigilantes de lo que otros no ven. No siempre se distancian para convertirse en otros.

El ciego, aun con su limitación, *hasta qué punto, de acuerdo con un objetivo pleno realmente se puede erigir como tal*, “ve” por medio de los ruidos que le golpean permanentemente, y su realidad adquiere una dimensión desde la cual su lectura se torna *sui generis*. Esta lectura, permeada por el efecto de saber y aprender, así como aprehender lo que los otros no, se va configurando, en medio del diario trajín, en un filtro desde el que se ase a la sociedad, se la incorpora y se es incorporado a ella.

En medio del maremágnum que rige los días y las noches de estos “expertos”, paradójicamente empíricos, sin embargo, y más prácticos que teóricos, se levanta un mundo en el cual el ir y venir de las gentes y los cambios a veces acelerados, y en ocasiones más lentos, van construyendo una visión, una panorámica en la cual y desde la cual la ciudad se levanta. No es la lectura de uno, sino de varios que construyen un entorno con una serie de caras. Así, no es lo mismo el San José que “percibe”, “lee” y “recicla” Félix, el personaje ciego de la novela *Los Peor*, que aquel que “describe” el ciego que hoy, en la Avenida Segunda, se hace oír por medio del megáfono con su incansable: “Una ayuda para el ciego, lo que quieran dar, una moneda, que Dios se los pagará”, y así en su inacabable frase hasta el infinito. Las miradas, las percepciones no son siempre las mismas, aunque las estructuras lo sean, por lo que las lecturas son siempre distintas de un sujeto a otro en tanto conformación de textos, y función, por sí mismos, de agentes conformados por disímiles intratextos. La lectura plurisignificativa se erige, entonces, en multiplicidad de ciudades a partir de una misma ciudad. Cada entorno es una cantidad determinada de entornos de acuerdo con la cantidad de observadores, los cuales, a su vez, pueden cambiar su lectura y releer lo leído a partir de nuevas experiencias de su labor o desempeño como *flaneurs*.

Construir San José hoy o *La Calle de la Amargura* en la actualidad, implica percibir estos de forma diferente de como se percibieron hace cinco, diez, veinte o más años. Los niveles de delincuencia, el crecimiento urbano, y la problemática relacionada con el aumento desproporcionado de la demografía en general, implica cambios aceleradísimos que llevan, necesariamente, a variaciones también muy marcadas. Como dirían nuestros abuelos “San José ya no es lo que era”, aunque paradójicamente siga siendo, aunque con los inevitables cambios que la sociedad le imprime; así, cambian las lecturas que, para muchos, implican la desligitimación de otra para privilegiar la venidera.

De acuerdo con todo esto, cabe igualmente pensar que los *flaneurs* tampoco son los mismos, pues cambian los sujetos, también las ciudades y, desde luego, las percepciones; en consecuencia, las lecturas. Una ciudad casi antagónica a la nuestra sería la de hace cien años, pues las condiciones, los sujetos, los cambios, los intereses, las preocupaciones, las prioridades... en fin, todo, han adquirido proporciones sumamente diferentes, a tal grado que el reconocimiento de un sujeto de hace cincuenta años, pero ubicado en la actualidad,

posiblemente golpearía “su mundo perceptivo”, hasta el grado de amenazarlo con caer en “shock”. Leer desde una óptica ajena no es siempre fácil, de ahí el maravillarnos en la contemplación de una sociedad europea o norteamericana, o igualmente en la observación de la realidad de un pueblecito apenas desarrollado. Al fin y al cabo, la capacidad de maravillarse es también una característica esencial del *flaneur*. Nuestra percepción nos obliga a mirar con descrédito o casi idolatría aquello que nos resulta marcadamente ajeno y ello puede redundar en esta admiración contemplativa ante lo que nos resulta no siempre “común”. ¿Acaso no siente admiración Jerónimo, el personaje principal de la novela de Contreras ante las “observaciones” de don Félix cuando este último va descubriéndole la ciudad que el primero desconoce? Es el *flaneur* ante la mirada de lo otro, amigable o no. ¿No será la mirada del ciego una lectura maravillada de lo que no es lo cotidiano, en tanto ocurre algo que desafía su conocimiento de lo diario? Así, un asalto ya dejó de ser un elemento de “maravilla”, de “espectáculo” incluso, en tanto poco común, para convertirse en una realidad más acorde con el paso de los años y con ribetes de alarma ante una realidad que se levanta de otra forma, en tanto se transforma, si se quiere amenazante, pero inevitable. La descripción desplaza a la observación maravillada, pero no la descalifica. Esta repetición deja al *flaneur* ante las puertas de lo que se vuelve rutinario, y lo hace incorporarlo a su “verdad” de cada día, que sigue siendo, en definitiva, un enfrentamiento *con*, *contra* y *desde*. Ya Jerónimo, por lo tanto, va descubriendo una ciudad que se levanta desde su concepción *de bazar* en cuanto plagada de excesos y desorden, en cuanto *organismo* en tanto se erige como un ser vivo que se auto regula, y en tanto *máquina*, en la medida en que es lugar de desigualdades sociales, en donde unos se enriquecen a costa de otros.

Por todo lo anterior, el ciego lee e interpreta, el mendigo lee e interpreta, y de tal manera clasifican a los sujetos de acuerdo con lo que perciben como rasgos permanentes o generales de estos. Lo demás se asimila como un “ser” desde el que se establecen y se hacen, devienen. Son los *flaneurs* que leen su realidad, y que se debaten, paradójicamente, en el anonimato como marca propia de su hacer.

Ahora bien, cuándo son observadores o lectores de este entorno en el que se mueven día con día y cuándo no lo son, es una tarea no sencilla de establecer como respuesta; lo que sí es cierto es la funcionalidad con que efectivamente responden y observan. Sus “lecturas”, hemos señalado, nunca son casuales, pues están sujetas a un proceso en el cual y desde el cual se mueven y se van construyendo. Es claro, entonces, que el *flaneur* ni es ni puede ser pasivo, sino que adquiere un compromiso consigo mismo y con los demás. Si bien él mismo es un producto social, constituye un elemento básico para permitirnos, a partir de su lectura, realizar la nuestra, y conformar la necesaria interpretación que cada cual realiza de este “paseo”, de este deambular, de este moverse o simplemente de este leer un lugar determinado, el pasar continuo que lleva a cabo el observado (posiblemente miles de hombres y mujeres de la multitud en infinidad de facetas sociales con perspectivas, visiones, actos y comportamientos no solo diferentes sino incluso antagónicos), un poco al estilo de “El hombre de la multitud”, que nos describe magistralmente Poe.

Estos peculiares *flaneurs* son, entonces, y dichosamente, los escritores de una sociedad que al ir y venir ignora que está siendo objeto de una escritura, quizás para muchos, del sujeto o sujetos menos “calificados” para efectuar esta. No obstante, ¿no es el limosnero de la esquina... un perfecto lector de rostros, potenciales “sostenedores” de este? Sabe clasificarlos, pues no siempre actúa por simple instinto, sino que conoce a cuáles acudir, y lo hace, la mayoría de las

veces, con plena seguridad. Por su parte, el ciego es también un experto clasificador de voces, de ciertas voces que le permiten conocer y leer, interpretar, deducir y clasificar. Los sonidos de siempre deben ser también referentes importantes para situarse no solo en el mundo y en su universo, sino también para leer desde sus intereses y conocer desde estos. Su hacer desde la *flanerie* es también elemento esencial para su supervivencia.

No cabe duda de que estas lecturas no son casuales, sino, reiteramos, más bien causales y causantes de. Es la difícil, pero también apasionada vida de los *flaneurs* netamente callejeros, de aquellos que viven su existencia y subsisten desde la calle misma, un factor pleno de interés que obliga, sin embargo, a mirar a estos, es decir, a mirar al mirón, para convertirse, a la vez, en un mirón más, labor no siempre interesante, sino más bien tediosa en ocasiones, en tanto debemos ver al que ve, sin saber quizás si a la vez somos observados por otro que hace su labor de lector e intérprete de mi deambular. Observar a quien vive de los otros y por los otros, que de alguna forma son su Otridad en tanto amenaza, permite al menos darnos una idea de estos hacedores de significado, de estos intérpretes de los cuales solo sabemos su saber al consultarles el mismo, pues de lo contrario se corre el riesgo, más que probable, de que deriven en testigos mudos de un testimonio vital, pero que se deja por alto, pues son los marginales los poseedores de un conocimiento desde la marginalidad que no todos aceptan pero que se convierte en paradigma esencial para acceder desde otro modelo de lectura, a un mundo que nos dice y nos desdice permanentemente.

A la par de estos, no cabe duda de que otro sujeto importantísimo, y de un interés fundamental, lo es también el traperero por cuanto su paradigma de lectura, en principio, parece mucho más amplio que el de los otros citados; sin embargo, no hemos de trabajar con él ahora, pues esto nos obligaría a un trabajo de movilidad indispensable que difícilmente podría realizarse por factor de tiempo y por las características de aquel. No obstante, se hace alusión al mismo pues no se descarta la idea de que posteriormente un trabajo de este carácter se centre específicamente en este tipo de personaje, el cual, por sus desplazamientos a infinidad de sitios y hogares, adquiere una posibilidad de lectura y de interpretación, de acuerdo también con sus fines, sumamente rica, pues la lectura puede parecer obligada de su parte como requisito indispensable de su labor. La tarea de *flaneur* parece consustancial a su desempeño como traperero, pues su interés es leer adecuadamente el entorno para procurarse el sustento. Una mala lectura, una mala interpretación, le han de dificultar su trabajo, por lo cual se debe convertir en un “especialista” lector de su sociedad, y de las diversas “clases” con las cuales se enfrenta diariamente. En todo caso, insistimos, este ha de ser tema para trabajar de forma más profunda y detallada por las particularidades mismas que comporta y requiere. Una función y una perspectiva más de lectura en la multiplicidad de enfoques y percepciones que el conglomerado social permite.

En la literatura universal, con base en los ejemplos que hemos señalado, encontramos también casos de lectores que, desde la ceguera y la mendicidad, confluyen como especie de *flaneurs* cuya lectura de lo social se vierte como documento, a partir del que extraemos, desde la vitalidad de su narración, un ejemplo de este ser social, de este tejido que forma la historia misma de las diversas sociedades: Edipo, como personaje ciego, que se convierte en mendigo después de haber sido rey, y que conjuga ambas características en sí y, por qué no señalarlo, el poeta, el aeda Homero que, aún revestido de carácter mitológico, se halla en el umbral del sujeto marcado no solo por la ceguera sino también por la mendicidad y pasa a la historia como el gran poeta griego que inmortaliza las historias heroicas de su sociedad. Es el tiempo, por lo

tanto, como marca indeleble del hacer “flaneuresco” de quienes se hacen o construyen con la sociedad de la cual son testigos.

Es así como en *Los Peor*, de Fernando Contreras Castro, se toma como punto de partida el ir y venir de un personaje marginal de la sociedad, permeado por los hábitos religiosos, anciano, deteriorado físicamente, solitario, inteligente, definido como un loco por quienes lo ven, y observador de todo aquello que los demás son incapaces de ver, hasta el punto de llegar a probar con su lengua lo que llame su atención, como una forma de apoderarse y conocer mejor lo que ve. Es su lectura, a partir de lo no visto por otros, es el *flaneur* como captor, como lector de su entorno. Está marcado por la diferencia, lo cual contribuye, esencialmente, a ser de él un marginado que se reviste, dentro de tal marginalidad, de un lugar al que los demás no pueden acceder. Su diferencia lo coloca en un lugar, por lo tanto, privilegiado.

Su relación con otro marginal de la sociedad como lo es don Félix, personaje que se queda físicamente ciego muchos años atrás y que guarda en su mente la idea de un San José ya ido en el tiempo, parte inexorable del pasado, pero que se niega a abandonar sus recuerdos, lo convierte en ese ser capaz de moverse en dos mundos para poder asir mejor la “realidad”, a tal punto que cierra los ojos con una finalidad básica: “...cerrar los ojos para ver por donde andamos...”, imitando a don Félix con el objetivo de efectuar el conocimiento que solo el (des)conocimiento momentáneo de una realidad presente le puede otorgar. La novela centra su atención en estos seres marginales dentro de los cuales no pasan inadvertidas las prostitutas, quienes son también lectoras de su sociedad, a través del contacto con los clientes, lo cual confirma plenamente su estatuto como tales en tanto trabajan y viven en el prostíbulo. Todos estos personajes son testigos desde la religión, desde la prostitución, desde la ceguera, desde la pobreza más extrema o la mendicidad, desde la diferencia marcada establecida por Polifemo, de una separación social paradójica en la medida en que no pueden desligarse de la sociedad en la cual desarrollan sus vidas y con la cual interactúan día con día. Así, no solo es Polifemo el “monstruo”, sino que también los demás convergen en esta categoría por su rechazo mismo. Su vista, sin embargo, su lectura social es diferente de la de los demás, legitimadas ambas por un determinado punto de vista, con la diferencia de que los marginales ven lo que los demás no pueden o no quieren ver, pues su lectura e interpretación es su *modus vivendi*. La miseria y el abandono social son recogidos y leídos desde sus ópticas, de forma tal que se presenta una sociedad oculta y, por lo tanto, desenmascarada: la realidad de los marginales como la cara “pecaminosa” de la sociedad. Una realidad en la cual la urbe, la calle adquiere una dimensión distinta, desde la cual don Félix y Jerónimo pueden dejar de ver para poder finalmente ver la realidad...su realidad a la que no acceden los demás. Cierran los ojos para ver por dónde andan, de acuerdo con lo señalado en las palabras de estos.

Es así como el caminar permanente de Jerónimo deviene en el mejor relato de un entorno en el cual los demás se ven sin verse, pero de los que Jerónimo recoge los mejores elementos para conformar una visión social de su entorno que no escapa a su interpretación, aunque en gran medida su lectura deviene más fotográfica que explicativa. Leer es conocer, ver es describir, y Jerónimo realiza ambos planos de lectura. Como *flaneur* deambula incansablemente por cada rincón de un San José amenazante y (des)conocido. Es lector a partir de un trabajo de desplazamiento y de desenmascaramiento de aquello que resulta ominoso, pero que ahí está. Jerónimo devela lo oculto para tejer al lado de lo “normal” la anormalidad que constituye la contraparte de su esencia como sociedad, y que emerge de cara a una realidad que es imposible de ocultar y que emerge con mayor fuerza en tanto más se intenta esconder.



Jerónimo es el *flâneur* “loco”, puesto que su lectura y su percepción de lo otro y de los otros, está fuera de lo establecido como normal, como común: pone en evidencia el desorden social de un lugar que para muchos es apenas un lugar de paso, un lugar de inevitable circulación pero que, para otros, adviene como indisoluble o indivisible cuestión existencial, en tanto es su lugar de vida y de experiencia, pues es allí donde viven y donde se construyen cada día. De acuerdo con ello, entonces, ser *flâneur* se convierte en expresión ya no de una eventualidad de la existencia, sino en vivir la vida para ser lector, para ser *flâneur*, para moverse en el plano de leer y vivir la lectura de la cual se es objeto y sujeto.

Ver es la tarea a la cual se enfrenta el *flâneur* de manera continua, lo que incluye esta necesaria interpretación de la sociedad que le devora, y de lo cual se puede o no ser consciente. La actitud con la cual se mueve Jerónimo, abierta a la diferencia, lo cual le acerca tanto a Polifemo y a don Félix, aunado a su peculiar forma de ser, paradójicamente, le permiten moverse dentro de este maremágnum de diferencia de una forma libre, pues obvia la indiferencia de los demás y se inserta de lleno en lo que le interesa, que es la contemplación de lo no contemplado por los demás, convirtiéndolo en un descentrado social que va de un lugar a otro “sin motivo alguno”, desprovisto de trabajo y de dinero, olvidado, residente de un prostíbulo, conocedor de lenguas muertas, erudito dentro de un medio donde la erudición sirve para muy poco, y con una experiencia de vida dentro de un convento que no cuadra con las normas de una sociedad regida por otras reglas, de tal modo que estas características le llevan a convertirse en una especie de enajenado cuya diferencia le lleva a percibir el ser de lo otro desde su particular mundo, y con todos sus aspectos negativos y positivos, pero palpables de una realidad incuestionable y evidente:

Ahí, en el meollo de la ciudad, conoció Polifemo a los niños cantores de San José, los que vivían de cantar en los buses por la limosna; niños pequeños que aún no andaban con los muchachos que asaltaban a la gente en las calles oscuras para comprar la piedra. Niños que olían pegamento porque el efecto les inhibía el hambre (Contreras 1995: 175).

El San José actual y el anterior que le permite percibir don Félix, nombre por lo demás simbólico en tanto es feliz con la imagen de un San José idílico, desprovisto de violencia, de tantos peligros, de tanto ruido, de tanta contaminación, de tanto edificio comercial y de los cambios acelerados que llevan a las personas a convertirse en una especie de lobos del otro, debido a la competencia despiadada, le lleva a identificarse con el rechazo y la amenaza, pero también con un ayer, a partir del momento en que cierra sus ojos y abre su mente a un recuerdo que le es ajeno, pero que don Félix le ha transmitido, y que resulta mucho más atractivo para sus paseos. Vivir cada día es transportarse a realidades diferentes desde las cuales realiza lecturas igualmente diferentes, pero que en una ciudad marcada por un aumento galopante de la violencia y diversos vicios sociales, presenta el retrato de un vicio que se vuelve más y más preocupante:

(...) Jerónimo se sentía ahora, si no amenazado, sí inseguro en las calles de una ciudad que vista desde el ojito preclaro del niño, se traslucía como un mundo que él no había llegado siquiera a intuir: en la calle había que jugársela, había peligro, había hambre, había piedra, había gente rara que andaba secuestrando niños para robarles los riñones y los pulmones y todo lo que sirviera ahí dentro(...) (Contreras 1995: 194).

Jerónimo, a partir de la influencia que realiza don Félix en él, se convierte en el único personaje capaz de “vivir” en “realidades” diferentes, con lecturas diferentes: el convento, el prostíbulo, la calle, los recuerdos, que van otorgándole un rango que no posee ninguno de los otros personajes. Es enajenado en la medida en que es totalmente inasible para los otros, pues

se mueve dentro de sus mundos en medio de límites no siempre reconocibles, creando puentes casi indivisibles entre estos, que dificultan la diferenciación entre uno y otro: la recurrencia al latín en plena calle por ejemplo, o la educación que le brinda a Polifemo en un mundo que le impone retos diferentes al niño, o las explicaciones acerca de los acontecimientos de la vida que le ofrece al pequeño, y que terminan en definitiva por hacerle parecer un loco ante aquel cuando los otros niños le ponen en contacto con un mundo al cual este va a privilegiar. En medio de tal ir y venir existencial, va construyendo su vida de *flaneur* como un tejido con el cual captura la sociedad y la vierte desde su interpretación para configurarla y hacerla latente al lector, intérprete, a su vez, de tal universo “jeronimizado” por el lente de aquel, pero igualmente válido y significativo. Es el mundo construido desde su lectura:

Entonces Jerónimo cerró los ojos y le pidió que se la describiera. El ciego comenzó: —Es un edificio largo, largo, de una sola planta, con grandes puertas, sobre la calle de piedra y una escultura muy bonita en el techo de la puerta principal...—

—Y los tranvías, ¿cómo son?—

El ciego empezó a darle una explicación detallada de la forma y funcionamiento de los tranvías mientras Jerónimo, ojos bien cerrados, sonreía y le decía muy contento que ahora sí los podía ver, más aún, que lo llevara hasta la estación para verlos de cerca (Contreras 1995: 60).

La frase anterior recalca la elaboración del proceso de lectura y de interpretación que se hace de lo “visto”, de lo “observado”, y cómo se va construyendo la percepción desde el *flaneur* como testigo de este devenir social, lectura, por lo demás completamente válida desde la óptica significativa de estos lectores intérpretes.

Finalmente, no debe olvidarse que, de acuerdo con la idea de que la justicia es ciega, en realidad se está haciendo referencia al hecho de que esta, a pesar de la limitación que se le atribuye, va más allá de lo “obvio” que posibilita la visión, y se centra en la contemplación de lo que no se ve pero se encuentra en verdad allí. Por otra parte, tampoco debe dejarse de lado la oportunidad de señalar, aunque con brevedad, la oportuna presencia de Tiresias en *Edipo Rey*, como el adivino que va más allá de lo que los otros creen, pues es el que conoce la verdad que ignoran los que ven (y que no ven) y que, paradójicamente, provoca la ceguera, ante la “vista” de su monstruosidad, en Edipo. De tal forma, ver puede devenir en riesgo, pero también en engaño, pues se puede ver no la verdad sino la mentira. El *flaneur*, como lo es Jerónimo, enfrenta el reto de ver pero de no caer en el engaño como los demás, por lo que debe ver donde los otros no ven, y observar lo que estos son incapaces de ver. De allí que vea lo que los demás, pero también cierre los ojos para percibir e interpretar lo que solo don Félix y él pueden mirar. La construcción de este doble universo es lo que lo va conformando como este *flaneur* extraño para los demás, diferente, pero lector de un universo al cual los demás no acceden, tal como se percibe en la descripción siguiente:

El resto de ese año, el tercero de Polifemo, Jerónimo Peor terminó de heredar la ciudad de boca de don Félix. Conoció el sector del suroeste, principalmente el edificio de la Estación del Pacífico al que llegaba el mismo tranvía que recorría la Avenida Fernández Güell, donde veía siempre muchos coches con sus cocheros y caballos esperando a los pasajeros que bajaban del tren de Puntarenas y caminaban por las aceras de las casas de muros de columnitas y maceteros en sus ángulos, porque la gente de aquel entonces no comprendía la vida sin las flores y eso en especial le agradaba a Jerónimo de la conversación de don Félix, cuando se detuvo a ver y a mostrarle a él los jardines de las casas y a señalar con lujo de detalles el nombre de cada planta, su época de florecimiento y una de detalles fascinantes que Jerónimo no volvió en el habla apresurada y finisecular del San José donde la gente de “nuestro tiempos”, decía él, se había acostumbrado ya a los jardines pavimentados y al olor inerte de las flores artificiales (Contreras 1995: 87).

Jerónimo deviene *flaneur* por elección directa o indirecta, por lo cual desempeña, desde su “otredad” su particular función y deviene en lector e intérprete de esa sociedad en la cual construye cada uno de sus días, en tanto mira la construcción que también los otros hacen de sí en medio del caos social en que se desenvuelven y la múltiple “compartimentalización” en que se desenvuelve y emerge esta sociedad. Ser *flaneur*, desde esta perspectiva, es ubicarse desde el lado de la marginalidad y, desde allí, hacerse y erigirse desde la diferencia para presentar a los demás, y a sí mismo, esta diferencia en la que todos se mueven. Ser *flaneur* para Jerónimo, como muchos otros *flaneurs*, es revestirse, fundamentalmente, desde su mundo para, desde allí, leer, buscar, ver y conocer... asir lo que puede, en definitiva, parecer inasible.

## **Bibliografía**

Aguiar e Silva, Víctor Manuel. 1972. *Teoría de la literatura*. Madrid: Editorial Gredos.

Cuvardic, Dorde (recopilador). 2003. *El Flaneur*. Antología (dos tomos).

Barasch, Moshe. 2003. *La ceguera: Historia de una imagen mental*. Madrid: Ensayos Arte Cátedra.

Contreras Castro, Fernando. 1995. *Los Peor*. San José, Costa Rica: Grupo Editorial Norma.

Jiménez Hernández, Jorge. 1998. ““Si algo pudiera llevarme a la muerte, eso sería el ruido del mar”: una lectura de *Los Peor* como estética de los excluidos”. *Revista Girasol*. 2 (noviembre): 41- 44.

Picado Gómez, Manuel. 1983. *Literatura, ideología, crítica: notas para un estudio de la literatura costarricense*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica.